



Edwin Adolfo Perdomo Yaima
Jersson Andrés Rueda Fajardo

El Grilomín con su mirada de penumbra, bajo la sombra de un gran mar que despoja unos cuernos que a lado y lado nos envuelve en una hipnosis perturbadora ya que de ellos nos atraen y su mirada nos aleja, no tiene manos, ni pies, si llegara a tenerlos su maldad fuese más macabra, sus palabras prohibidas por sus voces, incomodan por las verdades que pueden delatar.

Por su apariencia creeríamos que vive en una cueva, o en una recóndita montaña, pero no, habita las grietas incesantes de los años, que los temblores de los tiempos han fragmentado nuestros terruños, se alimenta de nuestros temores, rabias y más bajos instintos, que con el tiempo, se hacen más sólidos, volviéndolo más fuerte.

Si la tranquilidad habita, hará lo posible para calmar su hambre.

Dicen quienes lo han visto perder la noción del tiempo, y no diferencian entre día y noche, llevándolo a tener inconsciencia de sus actos, terminando en un limbo terrenal infinito.

Fin